

Agustín Huertas Montalbán

EL GRAN GREGORIO MARTÍNEZ NAVARRO

*“Goyo” nació por fortuna
En Ica la gran región
Amando con gran pasión
A Coyungo su noble cuna*

Un pueblo de campesinos
entre matas de algodón
vio correr con emoción
a niños por los caminos.
Que al soplo de remolinos
y muchas noches de luna
rostros color de aceituna
de noble y humilde gente
en este lugar afrodescendiente
“Goyo” nació por fortuna.

El gran Gregorio Martínez
practicando sus costumbres
fue escalando las cumbres
cumpliendo así con sus fines.
Que fiel a los paladines
en la contienda y la acción
cumplió con su vocación
de escritor y cronista,
también un gran columnista
En Ica la gran región.

Transitó por los senderos
del cuento y la narrativa,
a todo el mundo cautiva
Igual que Gálvez Ronceros.
Estos dos grandes luceros
brillan con predilección,
aprendieron la lección
también de Oswaldo Reynoso
y fue un hombre dichoso
amando con gran pasión.

San Marcos y La Cantuta,
sus centros de formación,
donde estudió educación
para continuar su ruta.
Ahora el mundo disfruta
su obra que es más de una.
Tanto en costa como en puna
leen *Canto de sirena*
que ofreció con dicha plena
a Coyungo su noble cuna.

Gregorio Martínez: ardiente memoria

IAN BRAVO ALIANO

Narrar. Tomar las voces de mujeres, de hombres, de migrantes de mundos abiertos. Narrar. Como ser voz, resonancia en el silencio. Como narrar cuerpos y ser narrado. El Ingenio, Palpa, Acarí, Coyungo... Narrar pueblos. Gregorio Martínez escuchó en el desierto de Nasca lo que otros ignoraron. Y narró. Narró la memoria.

Nació en marzo de 1942 en el sector de Los Batanes, en Coyungo, el pequeño y mítico pueblo que está a tres horas de la ciudad de Nasca. Su madre, doña Deidamia Navarro, nació en Acarí; don Pascual Martínez, su padre, en Lucanas. Ellos tenían una casa a la orilla del Río Grande, donde vivía la familia.

—Onésimo, Juana, Bartolomé, Adriana, Elena... Éramos diez hermanos, porque mi mamá tuvo dos compromisos. Primero con un señor de apellido Soto, y luego con mi papá —dice Juan Martínez, hermano mayor de Gregorio—. La mayoría nacimos en Los Batanes. Solo unos pocos nacieron en Palpa, porque allá ya había un hospital y todas esas cosas.

Una iglesia y un colegio es lo que hay en Coyungo, sin contar las casas de los habitantes. La labor en el campo, la pesca en Puerto Caballas o la administración de una tienda, se presentan como las primeras alternativas de trabajo. Doscientas personas —tal vez más, tal vez menos— viven ahora en el pueblo, la mayoría jóvenes. De los que compartieron la escuela, la calle, la casa con Gregorio, quedan pocos.

—Goyo era bien inteligente. Nomás que era un poco palomilloso, un poco juguetero. Te ponía sobrenombres —dice Raúl Barbagelata, amigo de la infancia—. Y nosotros no sabíamos que se llamaba Gregorio, le decíamos Goyo, nomás.

La infancia de Gregorio transitó entre los estudios, los juegos y el trabajo en el campo, no muy lejos de Coyungo, *allá abajo, caminando para el lado de la playa*, en Maijo Grande.

“... como en el medio social donde yo nací y viví, todos, niños y adultos, hombres y mu-



eres, estábamos sometidos a un trabajo duro desde la mañana hasta la noche, un trabajo embrutecedor, yo para contradecir me convertí en un soñador, aunque esto me significara que todo el tiempo me estuvieran gritando: ‘atiende lo que haces, carajo, déjate de mirar las musarañas’. Y yo dale con mirar las musarañas”.

De esta forma, recordaba Gregorio esos primeros años en una entrevista que le hizo Roland Forgues para el libro *Palabra Viva: Hablan los narradores* (Librería Studium ediciones, 1988).

* * *

Tras terminar la secundaria, Gregorio Martínez se mudó a Lima para seguir la carrera de Educación en La Cantuta. En la capital, lo recibió un familiar que había trabajado para los hermanos Augusto y Sebastián Salazar Bondy.

Estaba en Lima gran parte del año, pero siempre encontraba tiempo para regresar a Coyungo, a charlar con los viejos amigos, a recoger las historias de su pueblo.

—Él era amigo de todos —recuerda Gregorio Centeno, compañero de juventud de

“Goyo” Martínez—. En las vacaciones, cuando volvía, ya en las noches, cuando todos habían vuelto del trabajo, del campo, conversábamos con algunos tragos. A veces se acababa el trago y él decía: “tierra hay, agua no hay”, y mandaba a alguien en caballo a Cabildo a buscar licor.

Apenas se graduó en La Cantuta, sin tener más de veinte años, encontró trabajo en una escuela de Surquillo. Al mismo tiempo, empezó su participación en el activismo sindical.

“Yo era el único dirigente de tendencia aprista”, dice en la entrevista que le hizo Roland Forgues. “Me elegían a sabiendas porque en las acciones concretas yo jamás aceptaba las consignas del APRA sino el mandato de las bases. Y era empeñoso para las amanecidas, para las asambleas, para el trabajo gremial agotador. Además, no temía mecharme con la policía”.

Esos días de compromiso seguirían más tarde en su paso por las filas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Incluso, a pesar de la muerte de Luis de La Puente Uceda, dirigente del MIR, en 1965, Goyo continuó con la militancia. De modo que, a finales de los setenta, luego de participar en la histórica huelga en apoyo a los maestros del SUTEP, postuló a la asamblea constituyente por la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR), pero no alcanzó el número de votos esperado.

Más tarde, en 1984, llegaría a conocer a Fidel Castro, pero el motivo sería otro: su elec-



ción como jurado del concurso Casa de las Américas, junto al poeta Marco Martos y al escritor Jesús Cabel.

—El pata era fornido, alto. —dice el narrador Augusto Higa—. Tenía todas las características de un boxeador.

En las fotos, se le ve siempre igual. Pantalón y camisa. A veces, unos lentes difuminados, oscuros. El cabello encrespado siempre con el mismo corte a la medida, y el rostro amplio que invita a la charla.

Y era así. Los amigos recuerdan que Goyo tenía el don de encandilar en sus conversaciones. Compensaba con el verbo, con la labia, cualquier carencia que se le achacara.

—Tenía una mirada pícaro, contestataria —dice el poeta Hildebrando Pérez Grande—. Erotizaba las palabras. Tú te sentabas en una mesa donde estaba Goyo y no salías.



Gregorio Martínez ingresó a San Marcos en los años sesenta, los años dorados de Cuba, de los movimientos revolucionarios, de la literatura y el pensamiento latinoamericanos. Allí, en una de las épocas más prolíficas que atravesó la universidad, encontró al grupo de la revista *Piélogo*.

Piélogo congregaba a un buen número de

poetas y algunos narradores. Andrés Cloud, Danilo Sánchez, Juan Ojeda, fueron algunos de los primeros integrantes del grupo que comandaban el poeta Hildebrando Pérez y el narrador Ricardo Ráez. A ese conjunto de creadores se sumaron, conforme avanzaron los años, Juan Cristóbal —seudónimo de José Pardo del Arco—, Rosina Valcárcel, Cesáreo ‘Chacho’ Martínez —quien, a pesar del apellido, no tenía parentesco con Goyo— y el mismo Gregorio Martínez.

“Nos fuimos juntando en *Piélogo*, la revista que significó la convicción de un camino” —recordaba Ricardo Ráez en la presentación del libro de Gregorio *Mero listado de palabras* (Imago, 2015)—. “Cada número mimeografiado nos lanzaba a Ojeda y a mí por la avenida Colmena y escribíamos enfervorizados en las veredas y en las columnas de la Plaza San Martín con tiza: *Piélogo* es poesía. Al día siguiente, los ejemplares estarían en los quioscos del Parque Universitario. La noche nos conducía al Palermo o al Jamaica”.

A pesar de juntarse al grupo, Gregorio no publicó en la revista —*Piélogo* era poesía—. Su primer cuento vio recién la luz de la tinta en 1968, con el título “El olor viene de lejos”, y fue publicado en la revista *Fabla* que dirigía, también, Hildebrando Pérez.

El bar Palermo era el lugar de comunión del pensamiento peruano de esos años. Desde sus sillas, sus mesas, sus baños, se proyectaba el destino del país. Su ubicación, a pocos metros del patio de letras de San Marcos, en la avenida Colmena, facilitaba la llegada de profesores y estudiantes, ávidos por naufragar en los pardos mares del conocimiento.

“Toda la generación del 50 pasó por allí, aun con sus musas, y por lo menos dos oleadas más de escritores y grupos y movimientos literarios” —dice Gregorio en su *Libro de los espejos* (Peisa, 2004)—. “Además, en Palermo germinaron innumerables proyectos, desde revistas y manifiestos, hasta conspiraciones políticas e intentos de lucha armada”.

Uno, dos, tres días podían durar las jorna-

das de bohemia. Todo empezaba en el Palermo. El Chinochino, La Llegada, El Wony, El 26 de julio —llamado como el movimiento cubano por ser territorio libre—. Eran solo algunos de los bares a los que arribaban luego de que cerraran los anteriores. La casa de Gregorio en Balconcillo, en la avenida Las Américas, La Victoria —*Casa de Las Américas* para los asiduos— era el destino final, el lugar de aterrizaje.

—En esos años, él iba a mi casa y yo a la suya, aunque con menor frecuencia —dice el poeta Marco Martos—. Me acuerdo de que una vez hicimos una reunión, de esas que se prolongan por horas. Pasadas las doce de la noche, Gregorio desapareció. No sabíamos dónde estaba. Lo encontramos al día siguiente, muy acomodado con alguna frazada que encontró por ahí, durmiendo en la tina.

—No éramos zonzos —dice Hildebrando Pérez—. Leíamos como condenados a muerte y tomábamos como condenados a muerte. Por eso nos permitíamos faltar a clases y estudiar dos o tres días antes de los exámenes.

Los escritores Oswaldo Reynoso y Miguel Gutiérrez fundaron, a mediados de los sesenta, la revista *Narración*. Aunque solo se sacaron tres números (1966, 1971, 1974), el grupo que conformaba la revista ha sido considerado como uno de los que más aportaron a la literatura peruana.

Por *Narración* pasaron más de una decena de escritores: Antonio Gálvez Ronceros, Augusto Higa, Juan Morillo, Carlos Calderón Fajardo, José Watanabe y Roberto Reyes, son algunos nombres. Gregorio Martínez, por su parte, se unió al grupo a partir de la segunda publicación.

Como gran parte del ambiente literario, político y cultural de Lima, los de *Narración* frecuentaron también el bar Palermo.

—Tenían una mesa que estaba detrás de la vitrina. Ahí se sentaban los compadritos —dice Augusto Higa—. Ahí también iba yo.

Las reuniones se realizaban en la casa de Miguel Gutiérrez. En el lugar se organizaba el

trabajo de las crónicas y se seleccionaban los demás textos que iban a ser publicados.

—A Oswaldo y Gregorio les gustaba hablar, y Miguel no se quedaba atrás —dice el narrador y sociólogo Roberto Reyes—. Los tres se agarraban en largas discusiones y los demás escuchábamos.

—Sobre *Narración* se ha mitificado demasiado —dice Augusto Higa—, en el sentido de que, por ejemplo, es un grupo. En realidad, nunca nos invitaron a formar un grupo. A mí me invitaron a formar una revista, que es muy distinto.

“El grupo *Narración*, así como la llamada *Generación del 50* o la *Beat Generation*, antes que hornada generacional fue un entorno de escritores unidos por la dinámica de la amistad y el trabajo creativo en un marco casi sectario de ideas definidas” —dice Gregorio Martínez en el *Libro de los espejos*.

Los autores de *Narración* estaban comprometidos con su realidad social. Su medio de acción era el de las ideas, el de las palabras. Gregorio Martínez siguió esta línea: la de reivindicar la voz de los marginados de la historia, de la literatura oficial. No por esto su escritura estuvo exenta de humor, de placer, de goce. Gregorio Martínez era uno de esos creadores que no dan tregua a sus sentidos, esos de los que utilizan las manos para escribir y no para taparse los ojos.

En 1976, un año después de haber publicado su primer libro de cuentos *Tierra de Caléndula*, presentó al premio de novela José María Arguedas su libro *Canto de sirena*. La naturaleza testimonial de la novela generó una discusión entre los miembros del jurado —Alberto Escobar, Antonio Cornejo Polar, Abelardo Oquendo, entre ellos— quienes, finalmente, terminaron por aceptar que constituía un relato ficcional y le concedieron el primer puesto.

—Esta fue la primera novela donde el negro habla con su voz, con una mirada no estereotipada, no prejuiciosa, que dejaba a traslucir la concepción del mundo de los afrodescendien-

tes —dice Hildebrando Pérez—. Es un canto a la libertad.

Tras la primera edición que sacó la editorial Mosca Azul en 1977, con un dibujo de la pintora Tilsa Tsuchiya en la portada, el libro tuvo una edición francesa bajo el título *Le mois des renards* (El mes de los zorros) en 1982, con la editorial del reconocido crítico francés Maurice Nadeau.

Hacia principios de los ochenta, *El Caballo Rojo*, el suplemento dominical de *El Diario de Marka*, se constituiría como un referente cultural. Sus páginas tenían un contenido humanístico de gran calidad pocas veces visto en los diarios limeños.

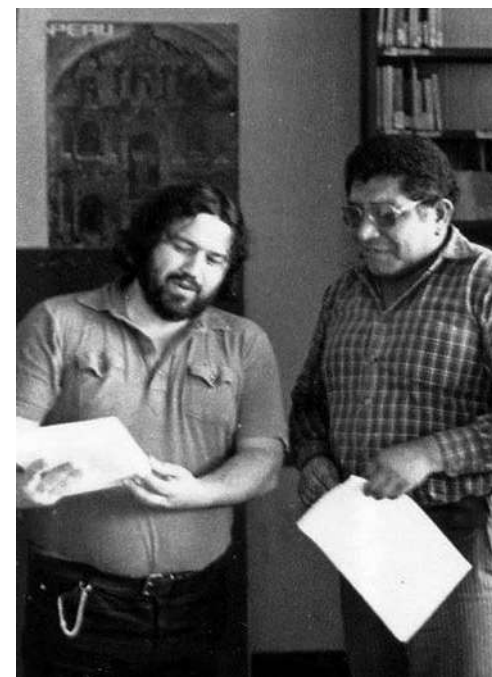
Gregorio Martínez, como uno de los colaboradores del medio, publicó una crónica sobre la gesta —casi heroica— que llevó a cabo junto a Chacho Martínez y Juan Ojeda, alrededor de la crepuscular imagen —*Lima tiene muy hermosos crepúsculos. Yo por ejemplo—* del poeta Martín Adán. El texto, que llevó el título *Travesía de extrabares* —en alusión al poemario de Adán, *Travesía de extramares. Sonetos a Chopin*— causó revuelo en el ambiente de las letras peruanas.

—Yo le preguntaba a Gregorio, a Chacho: “Pero ¿qué cosa hablaron con Martín Adán?” —dice Augusto Higa—. Y me decían: “Nada hermano. Se quedaba así, sentadito. Uno le servía la cerveza y calladito tomaba, de a poquitos”.

—Ambos nos descubrimos muchos puntos comunes en ese primer contacto. A tal punto que, casi inmediatamente, nos convertimos en “yuntas” — responde por correo el peruanista francés Roland Forgues, recordando su primer encuentro con Gregorio Martínez en el bar Palermo.

Aunque fue discreto respecto a su vida privada, varias páginas de la obra de Gregorio Martínez están atravesadas por experiencias personales. Muchas son un homenaje a la amistad, a esa camaradería que lo llevó a defender a sus amigos, a filo de pluma.

—Él sí era capaz de comprarse un pleito con quienquiera para defender a un amigo — dice Roland Forgues— Se mostraba feroz para defenderse cuando lo atacaban y más feroz todavía cuando se trataba de defender a un amigo injustamente atacado.



En 1984, San Marcos hizo un convenio con la universidad de Grenoble (Francia), que permitía el intercambio de docentes asociados entre ambas universidades. Gregorio Martínez sería uno de los profesores que enseñaría en Grenoble por dos años.

Luego de volver de Francia, se iría, a inicios de los noventa, a Estados Unidos. Desde ahí, continuó desarrollando su proyecto narrativo. Su cuento *Guitarra de Palisandro* y su *Diccionario abracadabra* obtendrían los premios Copé de Cuento (2002) y de Ensayo (2008), respectivamente.

—Libro que publicaba, libro que tenía que presentar —recuerda Hildebrando Pérez—. Pero lo que se hizo costumbre llegó al colmo. Cuando él estaba fuera del país, me enviaba sus textos y yo tenía que prestarle mi voz.

Mientras Gregorio estaba en los Estados Unidos, en Coyungo, decidieron que la escuela secundaria que se construiría en el pueblo llevaría su nombre. Su familia, por medio de su hermano Onésimo, que sabía cuál sería la respuesta si Goyo estuviera ahí, trató de disuadir a las personas de Coyungo, pero no, el homenaje siguió su curso.

Él mismo relata en un texto, cómo su amigo Alfredo Gutiérrez respondió a la negativa de su hermano:

“La escuela se debe llamar Gregorio Martínez, porque Goyo nos puso en el mapa. Antes nadie sabía que existía Coyungo”.

La respuesta de Gregorio, que llegó en voz familiar a Coyungo, la recuerdan todavía:

“¿Para qué le han puesto mi nombre si todavía no me he muerto?”

No le gustaban los homenajes. Más de una vez sabotó los intentos de reconocimiento que distintas entidades le ofrecían (instituciones del libro, universidades, promociones de colegio, etc.).

—Goyo era la persona más reservada del mundo —recuerda Roland Forgues—. No le gustaron, a diferencia de muchos de sus colegas, los aspavientos de las re/presentaciones, ni la exasperante autopublicidad permanente con bombos y platillos en la que se complacen tantos intelectuales de menor calibre como mirándose en el espejo de Narciso.

Tal vez la lectura sincera, esa que se da sin presiones y sin más compromiso que el puro y mero deseo, haya sido el mayor homenaje hacia una obra que ha recorrido, cual sustancia prohibida, bares, ferias, universidades y demás antros de encuentro y perdición.

—Lo que hace que un autor prevalezca más allá del tiempo que le toca vivir, es el carácter original —dice Marco Martos—. Hay una media, un estilo de cada época, y el que va creando un nuevo estilo, ese es el mejor. Sin duda alguna es el caso de él, con respecto de otros contemporáneos.

A propósito de la obtención de su último premio, el periodista Pedro Escribano le en-

viaría por correo un cuestionario, cuyas respuestas serían reproducidas en el diario *La República*:

—A pesar del tiempo que llevas en EE. UU., esos cuentos dicen que sigues merodeando en Coyungo y la Casa Rosada de Nazca.

—Abelardo Oquendo dijo en su quemadero de la Inquisición que me he llevado Coyungo en mi apachico de aventurero. Bueno, no Coyungo propiamente, pero sí todos mis chirimacos.

—¿Sientes que no te has ido?

—Seguro. Porque quienes estamos fuera somos la memoria del Perú. Es un raro fenómeno. Los que están en el Perú ya no recuerdan los hechos ni los lugares. Las situaciones cotidianas crean como una neblina de olvido”.

* * *

Como un remezón, como un golpe inmó-

vil en el lugar menos esperado, la noticia llegaba a los amigos, a la familia, a los lectores: Gregorio Martínez había fallecido en su casa de Arlington, Virginia, el 7 de agosto del 2017. Algunos medios difundieron la noticia de una enfermedad silenciosa, o al menos del escritor que la guardaba en silencio. No hubo mayor aclaración.

* * *

La plaza vacía parece que siempre ha estado así. El cielo y la arena amenazantes. El sol de octubre no se aleja aún de Coyungo. Un aparente silencio se interna en el pueblo.

La plaza vacía. Las cenizas de Gregorio Martínez están ahí, enterradas bajo una placa que le hace frente al sol: *Destacado Escritor, Hijo Ilustre de Coyungo*.

Coyungo, un domingo de octubre del 2017. La plaza está vacía. La plaza está en silencio.



“En octubre, mes de los zorros, cantan las sirenas”.

Ambos dos: Aproximación a dos premios y dos libros

JUAN MANUEL CHÁVEZ

El par de ocasiones en que no logré el primer lugar en el Premio Copé fue porque Gregorio Martínez lo ganó. Mis primeros hitos literarios anidan a la sombra de su gravitación. Desde hace quince años, me siento unido a él como el sello de la cara moneda de sus victorias.

En 2002, cuando Gregorio Martínez se llevó el triunfo con su cuento “Guitarra de Palisandro”, yo obtuve el Copé de Plata por “Sin cobijo en Palomares”. Él ya vivía en Estados Unidos y yo estudiaba literatura en la Universidad de San Marcos; incluso, había leído, como parte de un curso semestral, su libro mayor: *Canto de sirena* (ganador del Premio Nacional José María Arguedas el año que nació). Él, con todo su prestigio en el ámbito académico y una vida construida en el extranjero, se llevó el oro; por mi parte, me pregunté entre dientes: ¿para qué se mandó al concurso?

Lo que persigue un autor consagrado con un premio que suele ser consagrador como el Copé es, evidentemente, distinto de las aspiraciones que impulsan a un novel, un aprendiz. Más allá del dinero que acompaña al galardón, del cual goza cualquiera, la recompensa simbólica es diferente, y eso me intrigó aquella tarde en que, por teléfono, me anunciaron que en el podio de ganadores yo quedaba detrás de un clásico del Perú.

El Premio Copé ha labrado su prestigio gracias a la confirmación del valor literario de quienes lo han ganado bienalmente. En cuento, figuran nombres como los de Óscar Colchado Lucio, Cronwell Jara, Luis Nieto Degregori, Fernando Iwasaki o Luis Enrique Tord. Imagino que un escritor que ya no radicaba en el Perú como Gregorio Martínez estaba muy interesado en afirmar su reputación con un galardón de valor nacional. No le bastó con el de cuento, pues además ganó, años después, el de ensayo.

La primera edición de la Bienal Internacional de Ensayo fue en 2008, premio que Gregorio

Martínez ganó con su *Diccionario abracadabra. Ensayos de abecechadero*; mi inédito *Limanerías* quedó detrás.

Haruki Murakami, en su libro *De qué hablo cuando hablo de escribir*, sostiene que “los premios literarios pueden dirigir momentáneamente el foco de atención pública hacia algunas obras concretas”; cabe agregar que Murakami no ganó el Premio Akutagawa, considerado el más representativo de Japón, las dos veces que se presentó. Él dice estar aburrido de que le pregunten sobre el galardón que no obtuvo, y yo nunca se lo consulté en el único correo electrónico que intercambiamos hace diez años; me interesa más la singularidad de su abordaje literario, por encima de lo que arrastra o deja de arrastrar

Con Gregorio Martínez, compartimos no solo un correo, quizá una docena una década atrás; aunque tampoco le pregunté qué significaba para él ganar el certamen peruano más codiciado de aquel entonces. Mi curiosidad se enfocaba en la personalidad tras sus textos y la vigencia de estos.

Entonces, ¿cuál es la visión que tengo de Gregorio Martínez?

En principio, diría que es un prosista que escribe como quien juega frontón. El frontón es un deporte de paleta y pelota que, como muchos otros, se puede practicar tanto en una cancha reglamentaria como frente a una pared cualquiera. No hace falta estar acompañado para jugarlo; incluso, se disfruta mucho más haciéndolo solo. Es un divertimento individual que cumple con las normas y, también, las manda de paseo; es un ejercicio que no sigue líneas rectas, sino que busca la diagonal y lo oblicuo, los giros para aumentar el disfrute.

Gregorio Martínez se acoge a la sabiduría de los diccionarios, las enciclopedias, los tratados especializados y los materiales de divulgación para debatir con ellos en un asedio lúdico, lúcido y, además, lúbrico. Para este autor, tratar un tema es saltar a otros